

Adiós al Muro de Berlín



En el décimo aniversario, una cadena de luces de 43 kilómetros de longitud escenificó durante la noche del 9 de noviembre el recorrido del muro que dividió la ciudad de Berlín durante 28 años. De aquella historia de locura y muerte, hoy sólo quedan algunos metros y el inolvidable recuerdo de aquellos que murieron en la búsqueda de la libertad.

Bailantas, un negocio mediático que mueve millones de dólares

Los orígenes de la bailanta, un género musical que durante el año pasado vendió 6 millones de placas, parten, según el antropólogo y sociólogo Jorge Elbaum, de un negocio mediático y de una nueva forma de diversión estereotipada a partir del filme 'Fiebre de sábado por la noche', pero para los sectores populares.

«A partir de ciertos modismos internacionales expresados claramente en 'Fiebre de sábado por la noche', el viernes y el sábado aparecen como un lugar central destinado a la construcción de una identidad para los distintos sectores de la sociedad», formula Jorge Elbaum.

Para generar el surgimiento de una **nueva síntesis de diversión** para las clases marginales, el autor del libro 'Salir a bailar: discriminación y racismo' (1997), apela al cruce de dos situaciones sociales que se generaron paralelamente.

«Por un lado, -indica- se fueron perdiendo los encuentros y las peñas folclóricas a partir de que los hijos de los inmigrantes no quisieron vincularse a locales nocturnos ligados a su origen provinciano».

Elbaum agrega como segundo factor esencial para la gestación de este fenómeno, **«la 'obra' de la dictadura que borró toda cuestión ideológica y persiguió toda alianza estético-cultural».**

Combinando dos tradiciones: **la de la exclusión bolichera y la de la fiesta corporal de los pueblos**, Elbaum comenta que los postergados inventaron la posibilidad de dar rienda suelta a una fiesta de la cual no podían participar, ya que su ingreso a las discotecas les estaba vedado por cuestiones discriminatorias y económicas.

El fenómeno de la bailanta **aparece en los años '80 respondiendo a una nueva forma de expresión de los sectores populares** y se expande y masifica poco tiempo después con el aporte de los artistas Ricki Maravilla, Alcides, La Mona Jiménez, Gladys «La bomba tucumana», Gilda, Lía Crucet, Pocho «La Pantera», Antonio Ríos y grupos como Sombras, Ráfaga, Red, Green y Volcán, entre otros.

Tras surgir en el conurbano bonaerense, esta movida comenzó, ya en la década del '90 a ser consumida por diferentes estratos sociales. Las canciones tropicales comenzaron a compartir es-

Surgieron de la discriminación y hoy se adueñaron del mercado, incluso hasta el de aquellos que alguna vez los censuraron.

Nuevos ideales de belleza popularizados por los medios de comunicación, en un fenómeno mediático que parece no tener fin.



pacio de difusión con temas de otros géneros musicales como la balada y el rock.

Como resultado más evidente de este fenómeno, los referentes bailanteros irrumpieron en los medios gráficos y audiovisuales no dedicados a esta estética.

En este camino resultó emblemática la actuación del grupo Sombras en el teatro Gran Rex, que en diciembre de 1996 ofreció tres recitales, convirtiéndose así en la primera agrupación que salió del circuito bailantero para actuar en una importante sala de la calle Corrientes.

Más cerca en el tiempo, también los grupos Red y Green pasaron por ese mismo recinto compartieron el espectáculo 'La guerra de los colores' a mediados del año pasado y hace pocas semanas también se presentó el promocionado grupo Los Sultanes.

Más allá de que haya ganado otros espacios, la bailanta continúa esencialmente vigente en sus lugares de origen. El fallecido productor Roberto Fontana, aseguró en junio pasado que la bailanta mueve a unos **tres millones de personas** en todo el país.

En la misma entrevista publicada, el productor agregó que cada fin de se-

mana a los boliches bailanteros concurren unas quinientas mil personas. En cuanto a la actividad discográfica, este género vendió, sólo en 1998, la impactante cantidad de **seis millones** de copias.

Extendiendo una mirada crítica sobre el origen de las bailantas, para el antropólogo Elbaum lo que hoy se conoce vulgarmente como la bailanta es un invento de los empresarios y no de los sectores populares. **«El fenómeno de que un montón de gente pague una entrada para ver algo, es un negocio. ¿Quiénes son los creadores del negocio? son aquellos que no dejaron entrar a estas clases sociales a las discotecas»**, sostiene Elbaum.

La gestación de estos nuevos lugares confirma que la bailanta surgió de la necesidad de la gente por encontrar su espacio para divertirse y de la visión comercial de ciertos empresarios.

Empezando por el boliche de Johnny Allon en Plaza Constitución, y también en otras zonas aledañas a las estaciones de trenes comenzaron a florecer lugares que Elbaum define como ligados a «una musicalidad más adecuada a ciertas demandas estéticas y costumbres».

Es en la bailanta y en la maquinaria publicitaria que la sostiene donde, además, se expresan los **ideales de belleza** de su público. A contramano de la moda 'light' de los '90, las artistas bailanteras son exuberantes y pulposas, mientras que los muchachitos de los grupos utilizan pelos largos, vestimentas brillantes y una actitud andrógina.

Jorge Elbaum señala que a las mujeres que consumen la música y la imagen de las agrupaciones de música tropical **«les 'pega' la sensibilidad, la ternura y la belleza en oposición a la brutalidad, el descarnamiento y la fuerza bruta del medio en el que se desenvuelven».**

Sin descuidar lo complejo de su origen y observando la fuerte inserción de la estética tropical en los medios masivos de comunicación, el investigador concluye que **«la bailanta es un fenómeno mediático. Es un invento de la televisión desde los tiempos de Johnny Allon».**



«La Mona» Jiménez y los mega show

El artista cuartertero Carlos «La Mona» Jiménez considera que la bailanta «ha pegado en todo el país», pero advierte que para que no muera, los responsables de esta movida «deberían tener más respeto por la gente y armar un buen espectáculo tocando en vivo».

«La Mona», un icono popular en Córdoba y en buena parte de la Argentina, manifiesta sus inquietudes sobre las reglas con las que se manejan los artistas bailanteros. «No sé si son músicos en serio o si son solamente «caras lindas», objeta. «Los pibes se queja: no tienen que hacer play-back porque eso es malo para todos», aunque apunta que también hay grupos como Ráfaga «que tocan en serio y en vivo».

En la tradición cuartertera, con La Mona Jiménez, hay creatividad en-

tendiendo por creatividad algo que no es reproducción.

«La Mona no olvida la fiesta pero se atreve a hablar de temas, guiños o búsquedas de las que la tradición de la que es parte no se atreve a hablar, como por ejemplo la violencia familiar o los desaparecidos», subraya.

Sin embargo, las diferencias más profundas entre los bailanteros y la Mona no se da por una cuestión ideológica sino por un **choque estilístico frente a la duración y al tipo de recital** que cada uno desarrolla.

La Mona Jiménez realiza shows de dos horas, mientras que los grupos tropicales tocan en seis o siete boliches por noche y recorren muchas veces al play-back.

Los orígenes musicales

Musicalmente la bailanta y el género tropical parecen estar recogiendo una suma de tradiciones musicales de diversa índole que se cruzaron geográficamente en el conurbano bonaerense.

Los orígenes de la música tropical a decir de muchos se encuentra en las corrientes migratorias que confluyeron en el Gran Buenos Aires entre las décadas del '30 y el '60, al que luego se agregó un fenómeno de latinoamericanización bastante fuerte durante los años '40 y '50 con contingentes llegados desde Colombia y Venezuela.

De este primer cruce entre argentinos y caribeños se tropicalizaron ciertas danzas locales, cuya expresión más popular y masiva fue explotada por la

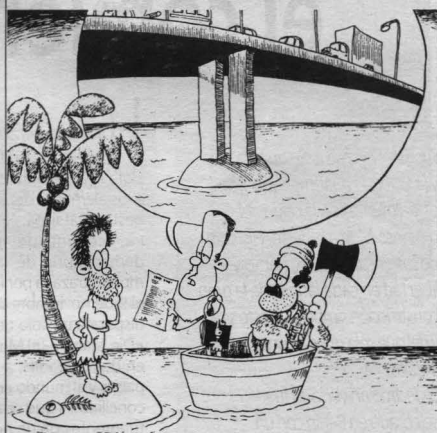
aparición del grupo Los Wawancó. Mientras tanto, en el interior del país, comenzaron a fusionarse la polka, tradiciones ligadas al chamamé y a la chacarera ribereña, que años más tarde también desembarcaron en el Gran Buenos Aires.

«La mezcla de todas esas tendencias, pero con mayor contagio de la cumbia, constituye la base rítmica de lo que hoy se conoce como música tropical», define Elbaum.

Revisando, por otro lado, el origen semántico del término, el sociólogo lo ubica en la diversión de fin de semana de obreros forestales y de obrajes que entre fines de siglo pasado y la década del cuarenta bajaban a los pequeños pueblos y armaban las bailantas.

Conciencia
Una mirada profunda

GREENPEACE



No hay tiempo
que perder



Conciencia

Edición N° 230 12/11/99

El Informe Diario



MEMORIA DE ADEPA

SUMARIO

- 2 - 3 Sociedad
Bailantas, un negocio mediático que mueve millones de dólares
- 4 - 5 Enfoque
El fin del la "cortina de hierro", el comienzo de la libertad
- 6 - 7 Reflexión
El encanto de los relojes dormidos
- 8 Turismo
Río Hondo, la ciudad sumergida

DIRECTOR:
Jesús Vallortigara

COORDINACION:
Marcela Carletta

ARTE Y DISEÑO:
Cristina López Neri

El material puede ser reproducido citando la fuente. Las colaboraciones no necesariamente reflejan la opinión de la dirección de la revista.

Revista Semanal editada por EDIN S.A.
HIPOLITO YRIGOYEN 1346 - Telefax (03462) 421155 - 430031
VENADO TUERTO (Pcia. de Santa Fe) - Rep. Argentina

NOTA:

Sergio Arbolea y
Romina Grosso
(Telam).

El Muro de Berlín

El fin de la «cortina de hierro», el comienzo de la libertad

Alemania volvió a ser un solo país y la Guerra Fría terminaba oficialmente con la caída del ominoso Muro de Berlín. Historias de sangre, injusticias, hambre y libertad en cada ladrillo de la gran construcción símbolo de este siglo y del que sólo quedan unos pocos metros.

El décimo aniversario fue celebrado en Berlín con un sinnúmero de actividades políticas y culturales que inauguraron tres testigos de excepción: el ex presidente norteamericano George Bush, el último presidente de la desaparecida Unión Soviética, Mijail Gorbachov y el ex canciller alemán Helmut Kohl.

Hace una década caía el Muro de Berlín, un ominoso símbolo del siglo XX que durante 28 años separó a los alemanes del este comunista del oeste capitalista.

La «cortina de hierro», la línea demarcatoria de la bipolaridad del mundo trazada por la Guerra Fría, cayó el 9 de noviembre de 1989 sin que se disparara un solo tiro.

«Die Mauer» (el Muro) partió a Berlín en dos ciudades, a Alemania en dos países y al mundo en dos bloques irreconciliables que se amenazaban mutuamente con un poderío militar susceptible de destruir el mundo.

Inexpugnable, el bloque de hormigón tenía 155 kilómetros de largo y 3,60 de alto, y estaba reforzado por campos minados, vallado con alambre de púa, dispositivos de disparo automático y una masiva presencia militar.

Fueron 270 las personas que murieron al intentar burlar esa maquinaria que los separaba de sus amigos y familiares, pero hubo más de 5.000 que

lograron sortearla.

El muro materializó la división de Alemania, iniciada después de la caída del régimen nazi de Adolf Hitler y la derrota en la Segunda Guerra Mundial a manos de los aliados.

En 1949 se fundaron oficialmente los dos Estados alemanes: la **República Federal Alemana** (occidental), partidaria del sistema parlamentario y democrático, con capital en Bonn, y la **República Democrática Alemana** (oriental), asentada en Berlín este y con el respaldo armado del Pacto de Varsovia.

En agosto de 1961, el Muro fue levantado de la noche a la mañana para evitar el éxodo de los alemanes del este ya que, desde la creación de la RDA, dos millones de ellos habían huido del país.

Casi tres décadas después, los bloques de cemento de esa muralla demostraron ser permeables a las manifestaciones de protesta que inundaron las calles de Leipzig y Berlín oriental a fines de la década del '80, amparadas en la política de reformas «perestroika» y «glasnost» que Mijail Gorbachov había iniciado en la entonces Unión Soviética.

A principios de octubre de 1989, justo el día en que se cumplía el 40 aniversario de la fundación de la RDA, Gorbachov sentenció: «Todas las decisiones que afecten el futuro de Alemania oriental serán responsabilidad suya y serán tomadas en Berlín oriental». Los camaradas alemanes habían quedado solos y desamparados.

La dirigencia política alemana del este que rodeaba a Erich Honecker perdió

el control. El aparato, el Estado, el partido, la sociedad, se desmoronaron en cuestión de semanas.

Fue una revolución pacífica llevada a cabo por una masa anónima, sin aparatos partidarios, pero con la fuerza de querer ser protagonista de su propia historia.

El 4 de noviembre de ese año, un millón de personas manifestaron en Berlín del este y cientos de miles en las otras ciudades de la RDA.

Simplemente, libres

Cinco días después, la monótona voz del portavoz del buró político del Partido Comunista del este alemán (SED), Gunter Schabowski, anunciaba medidas administrativas que ponían fin a una época: **los alemanes del este eran libres de salir de la RDA.**

Una multitud confundida pero esperanzada se dirigió hacia el Muro. Eran las 21.30 hora local. •

Harald Jaeger, de 56 años, ex coronel de los guardias de frontera de la RDA, fue el primero que tomó, «sin tener órdenes», la iniciativa de dejarlos pasar a Berlín oeste.

«Poco después del mensaje del SED había entre 20.000 y 30.000 personas allí, a pie o en automóvil, y nosotros éramos sólo 30 para darles las visas», recordó el ex oficial.

«Discutí con mis subordinados, que esperaban mis órdenes mientras me pedían que apelara a mis sentimientos humanos. Pensé que cuando la voluntad del pueblo es más fuerte que el poder del Esta-





Ayer, justo detrás del Muro, las oficinas de la temible Gestapo. Hoy, el recuerdo con una galería al aire libre. Fotos y recortes de diarios para no volver a repetir la historia. (Foto Arthur Woodward)

do, algo no anda bien. Todo lo que pude hacer fue abrir la barrera y dejar pasar a la gente», explicó Jaeger, hoy dueño de un puesto de diarios.

Once meses después, en octubre de 1990, las dos Alemanias se reunificaron en un solo estado.

En la actualidad, la ex RDA se encuentra en la misma situación que cualquier otro país del ex bloque comunista y, según los analistas, demandará mucho tiempo generar una cultura democrática.

Los votantes del este tienden a elegir

partidos de extrema derecha o izquierda.

Tras el derrumbe del muro, los gobernantes comunistas de la RDA fueron expulsados del poder y el oficialista SED pareció quedar reducido a cenizas, pero resurgió con el nombre de Partido del Socialismo Democrático (PDS) y se convirtió en la agrupación con más afiliados en el este alemán. En el otro flanco del espectro político, la extrema derecha experimentó un fuerte aumento en la región.

La Unión Popular Alemana (DVU) obtuvo el 13 por ciento en las elecciones

regionales de 1998 en Sajonia-Anhalt, el mejor resultado que haya tenido un partido ultraderechista en Alemania desde 1945.

Además, la **violencia neonazi** está mucho más presente en el este que en el oeste. El 46 por ciento de los ataques cometidos por ultraderechistas en 1998 se registraron en Alemania oriental, según el servicio de espionaje interior.

Pese a que, desde que cayó el muro, más de un billón de marcos (550.000 millones de dólares) del erario público fue destinado al este, la confianza de

los empresarios en la región sigue siendo insuficiente.

Allí, el índice de desocupación oficial trepa al 17,2 por ciento sobre el total de la población y, según las últimas estadísticas, mientras que en el oeste hay 110.000 desempleados menos que en septiembre del año pasado, en el este hay 89.000 más.

A diez años del derrumbe de un símbolo, los alemanes afrontan el desafío de concretar, más allá de la reunificación, la unidad de Alemania.

FUENTES: Telam - SNI/ DPA

Recuerdos de la niñez

Franziska Exeler y Dana Kussatz tenían diez años cuando cayó el Muro de Berlín, una vivía en el oeste y otra en el este de Alemania, pero ambas comparten el anhelo de haber querido ser mayores durante ese hito histórico para poder entenderlo mejor.

«Tengo la impresión de haber perdido el tren de la historia, de tener la mala suerte de haber nacido tarde y demasiado al oeste», reflexiona Franziska, quien en 1989 vivía en Hamburgo, en la República Federal Alemana.

En sus recuerdos, la apertura de las fronteras entre las dos Alemanias se limita a algunas imágenes de multitudes difundidas por la televisión: las filas de automóviles en los puntos fronterizos del este; las colas delante de los bancos del oeste o el

tumulto en la embajada de la RFA en Praga.

«El resto, lo aprendí en los libros y en los videos. En mi casa no se hablaba mucho de política y la caída del Muro no causó ninguna euforia», agrega la joven.

«Para contrarrestar todo eso y saber un poco más sobre la República Democrática Alemana (RDA) estudié en Berlín, del lado comunista», relata Franziska, quien actualmente estudia historia y lenguas eslavas en la Universidad Humboldt.

El 10 de noviembre de 1989, la madrugada posterior al anuncio de las autoridades comunistas sobre el libre tránsito entre los dos sectores, Dana fue obligada a salir abruptamente de la cama.

«Vivíamos a 400 metros del primer puesto fronterizo abierto hacia el



oeste, en la calle Bornholmerstrasse. Mis padres querían irse al otro lado, pero yo no. Hacía frío y no me explicaron lo que pasaba. Después se los reproché mucho», cuenta Dana, estudiante de Derecho.

«Durante una semana casi nadie fue a la escuela. Cuando las clases se reanudaron algunos maestros manifestaban su alegría y otros evitaban hablar de lo que estaba ocurriendo. Mucho después, supimos quién informaba a la Stasi (servicio de inteligencia en la República Democrática

Alemana, RDA)», explica.

En cambio, para Markus Schrenker, que vivía con sus abuelos cerca de Bayreuth, en un pueblo del sur de la RFA situado a 60 kilómetros de la frontera checa, la caída del Muro «no significó nada extraordinario, no nos importó nada».

Su único recuerdo anecdótico es el de un «alemán del este que acababa de llegar al pueblo y que quería saber donde se encontraba el supermercado más próximo».

El encanto de los relojes dormidos

Cuántas veces se le habrá oído decir a alguien que está moviendo energías poco constructivas, que lo hace «sólo para matar al tiempo». Matar al tiempo parece justificar el elegir un programa de televisión frívolo; escuchar un programa de radio superficial; leer una revista plagada de notas insustanciales; soportar una amistad incompatible; sostener una compañía cuestionable; hacer un largo viaje de escaso provecho; casarse continuando un noviazgo rutinario y desamorado; tener un hijo no deseado y encima, proclamarlo; dedicar muchas horas a pasatiempos vacíos; chatear utopías; comprar por comprar; dar la vuelta del perro por las calles del centro; tragar comida chatarra; demorarse por horas en un bar derrochando habladurías, y más, muchas cosas más a las que con candidez, hasta se les puede dar el nombre de entretenimientos.

Matando al ocio

Los sábados y domingos, jornadas que bien podrían estar dedicadas por completo al ocio -ese sagrado descanso que

nos merecemos y el Tata aprovechó tan bien en su momento- para algunas familias se transforman en los días más agitados de la semana.

Imposible ignorar a esos autos que van por las rutas cargados de sombrillas, termos, mates, facturas, heladeritas de telgopor, perros, suegras, sillas plegables, parrillas, asado, bebidas, vajilla, bolsas de carbón, raquetas, pelotitas y pelotas, que luego con esfuerzo acampan bajo una arboleda.

Podríamos llamarle a esto la colonización del ocio.

¡Las familias acaban de conquistar un día al aire libre, un día de diversión a costa de otro dueño! Toman a la pachamama como si fuera propia. La hincan, le clavan sus tiendas de campaña, sus baños apócrifos y sus chimeneas al aire libre. Se adueñan temporariamente y otorgan nuevos nombres al lugar.

El redescubrimiento de las tierras adonde acampan arrastra los mismos vicios del pasado. Espejitos de colores para las hormigas versus ronchas: latas y botellas de gaseosas, brasas, papeles mugrientos, olor a pis y a caca, huesos y restos de ensalada, bolsas

de plástico y porquerías de toda clase.

Las maniobras distractivas también suelen ser fatales a la hora de regresar a casa. Pilas de gente, ropa y vajilla para lavar, un agotamiento indescriptible y esa sensación medio estúpida de fin de semana desperdiciado. Es que para matar al tiempo, nada es poco.

Si volvieran serían millones

Cuando algunas personas quisieran tener más de un cuerpo para que las veinticuatro horas del día les puedan alcanzar, otras despilfarran su valioso tiempo porque creen que les sobra. Francamente, quisiera recuperar cada uno de los minutos perdidos en cosas improductivas, para destinarlos a todas esas inversiones humanas que hoy quisiera hacer, y no me da el tiempo. Me cuesta imaginarlo, pero debo haber perdido millones.

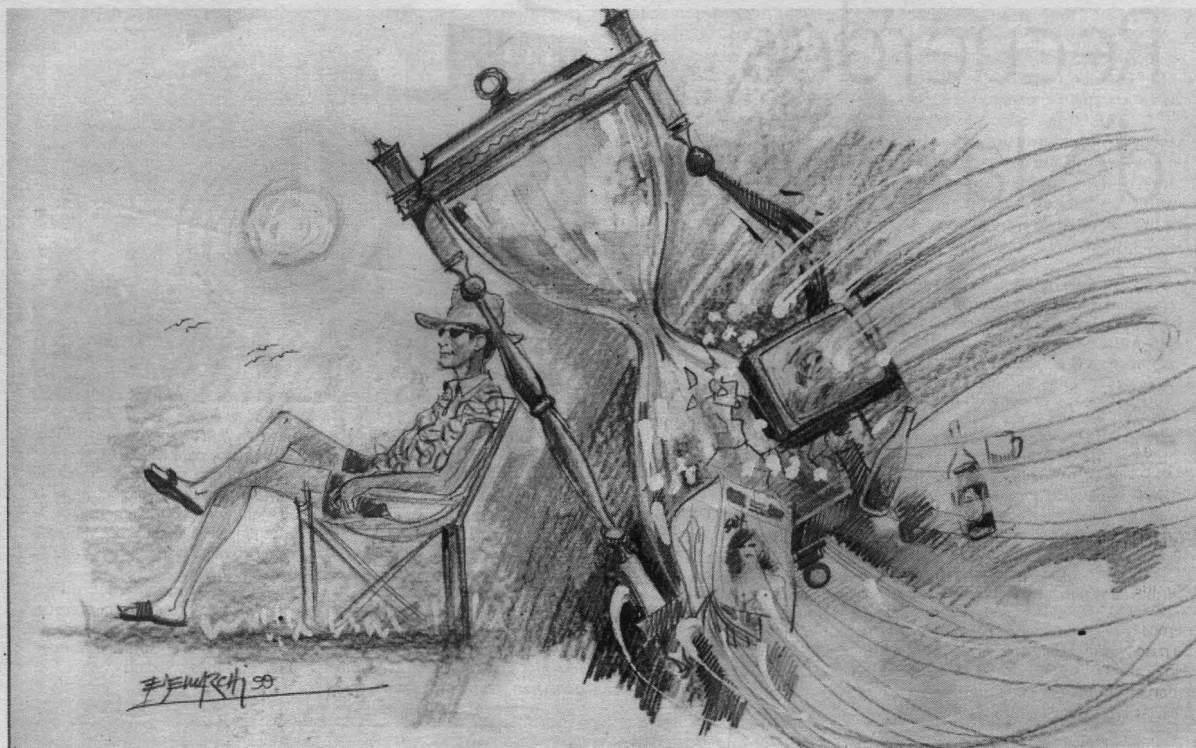
Sueño con defragmentar mi vida para reacomodarla de acuerdo a los objetivos del presente. En primer lugar, para disfrutar mucho más de la vida junto a mis amorcitos, y en segundo lugar

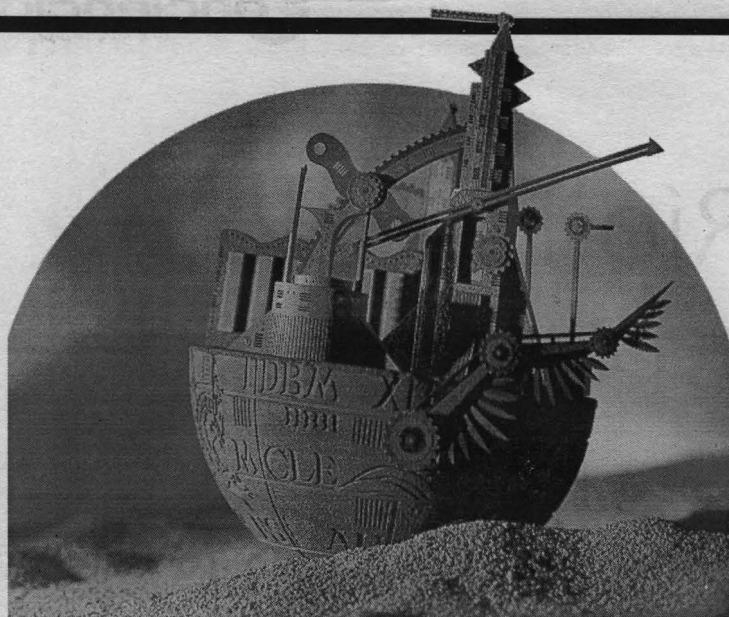
para vivir con conciencia de estar viva. Hay una diferencia bastante grande entre pasar la vida viviendo y vivir la vida pasando.

Pasar la vida viviendo es como hacer un contrato con las propiedades implícitas del vivir. Nada pasa por alto para quien puede tener la suerte de saber hacerlo. Para todo se necesita un aprendizaje. Para vivir también.

Hay seres que están encendidos como llamas y así andan por la calle, donando como parte de su tiempo un ánimo positivo y amable. Concretos y valiosos, estos seres que siempre nos dejan una enseñanza, se cruzan con nosotros y nos contagian durante un ratito con ese chisporreo vital. La pena es que después se van. Y están esos otros, los que que se lo pasan matando el tiempo para que dure menos.

Aburrirse viene del latín **abhorre**re, que significa *«alejarse de algo con horror, miedo, repugnancia, asco»*. Con lo hermoso que es vivir, ¿cómo se le ocurre a alguien matar al tiempo? ¿*Abhorre*re a *dolore*?, como decía Cicerón. ¿Se matará al tiempo por aversión al dolor? ¿A cuál? ¿Al de la imperfección?





Renacer en uno mismo

No nos engañemos, una de las fórmulas más exquisitas para caminar hacia el conocimiento de la vida es aprender a estar solos para ir introduciéndonos hacia la profundidad, e ir descendiendo. Eso sí, será necesario entrar en soledad mística, que no es lo mismo que padecer de soledad dramática.

¿Alguna vez podríamos intentar internarnos en ese espacio íntimo de la soledad mística?

Detener los relojes, eso será necesario. Sin terrores. Detenerlos para que se abran todas las instancias espaciales de la vida, más allá de las veinticuatro horas. Abrirse al animus de la naturaleza. Inventar sortilegios. Dejar que llueva finito sobre nuestro cuerpo y quedarse quietos. Contemplar sin calificar. Detenerse y meditar sobre la obra revelada.

Dejarla vagar por el espacio y observarla en todos sus perfiles. Quitarle temporalidad. Mirarla evolucionar.

Hasta que desde adentro emane una orden de mando.

En ese momento habrá que tomar las herramientas -el martillo o el cincel- y quitar los materiales superfluos que deja acumular el sentimentalismo, para que puedan aflorar los sentimientos. Permitir que las emociones nos rodeen, para aprender a discernir los sentidos. Bajar la guardia, para que se distienda la resistencia a los cambios. Y saber que con estas ráfagas de aire puro ya se habrá cerrado alguna puerta, por lo que convendrá esperar a que ahora se abra una ventana.

Que es como desear que no se altere la esperanza.

Rayuela

Nadie conoce el tamaño de su vida.

¿Para qué abreviar el camino que es de desear se prolongue?

Tenemos nuestra propia rayuela diseñada paso a paso. ¿Conviene sabotear al tejo?

Quedan en la vida tantos niños solos a quienes contar un cuento. Tantos

ciegos a quienes leer un poema. Tantos enfermos a quienes visitar en los hospitales. Tantos viejos a quienes acompañar en los geriátricos. Tantos locos a quienes escuchar en los psiquiátricos, que no es justo ir matando al tiempo, sabiendo que deja a tantos huérfanos por ahí tirados.

El que espera desespera

El valor tiempo es relativo. Por algo el que espera desespera.

Los pibes sentados en el suelo fumando, con una botella de cerveza en la mano, con el porro en la boca, con la cocaína en la nariz o con el ácido en la lengua; o atornillados por horas a la butaca de un bar mirándose unos a otros con idéntica desesperanza, no se están divirtiendo. Ellos están en pleno ataque de aversión a la realidad.

Se ven, pobrecitos, así descarnadamente en el minuto de lucidez entre la duermevela y el despertar.

Se ven con tal nivel de ignorancia superior a la normal, porque han preferido esquivar el mandato de la sociedad hipócrita que envía a estudiar a los jóvenes, aún sabiendo que no pueden darles trabajo a todos.

Se ven elementales y embrionarios a la hora de decir cuatro palabras juntas de buen talante a una mujer.

Se ven incapaces de iniciar un gesto de caballerosidad, no vaya a ser que se burlen los otros vagos.

Se ven increativos, consumistas y voraces.

Se ven tan así, que se quieren apagar de un pisotón.

Y eligen matar el tiempo con todas esas giladas a las que ellos bautizan con el nombre de libertad.

Mientras nosotros los miramos desde la vereda de enfrente y decimos pobres loquitos pobres, ellos qué saben de matar el tiempo. Qué saben.

Y seguimos caminando y no tenemos ni un cachito así de remordimiento.

Ni nos importa un comino que anden con los relojes tan estúpidamente dormidos.

NOTA:
Cristina Rosolio
ILUSTRACIÓN:
Enrique Demarchi

Por un poco de fortuna



Una mañana gris de agosto, John Fernandes, hace 20 años, sacó esta foto en su pueblo, Shirala, en la India. El fotógrafo residente en Buenos Aires capturó la imagen durante Nagpanchmi, el festival de la cobra. Ese día, las mujeres de la India pierden el miedo. Con una profunda fe y mucha audacia hacen sus ofrendas a la culebra venenosa, un símbolo hindú de la fertilidad y buena fortuna.

Turismo en Santiago del Estero

Villa Río Hondo, la ciudad sumergida

Los españoles la bautizaron Miraflores y fue una de las primeras poblaciones de Santiago del Estero. Cuentan que el sitio del emplazamiento lo eligió la Virgen del Pilar, cuando hace más de 400 años la caravana que traía la imagen desde el Alto Perú no pudo seguir su camino.

Pero la antigua posta de los conquistadores estaba llamada a desaparecer bajo las aguas. Fue mucho tiempo después, en 1966, cuando en la cuenca del río Dulce se construyó esa maravilla de la ingeniería moderna que es el Dique Frontal, pensado para regar las áridas tierras santiagueñas y generar corriente eléctrica.

Cuando llegó el dique, aquel asentamiento ya no se llamaba Miraflores sino Villa Río Hondo, un nombre que le atribuyen a San Francisco Solano, el santo de la cruz y el violín, quien pasó por allí en 1692 rumbo a Tucumán, adonde iba a buscar madera de nogal para construir un templo que aún está en la capital provincial.

En las cercanías de Miraflores el santo se encontró con el gran río crecido -el río Dulce-, al que arrojó el cordón de su sotana mientras decía: «río hondo, no impedirás nuestro paso».

Entonces las aguas se abrieron y al llegar a la otra orilla las huellas de su mula quedaron en una piedra que se conserva en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar.

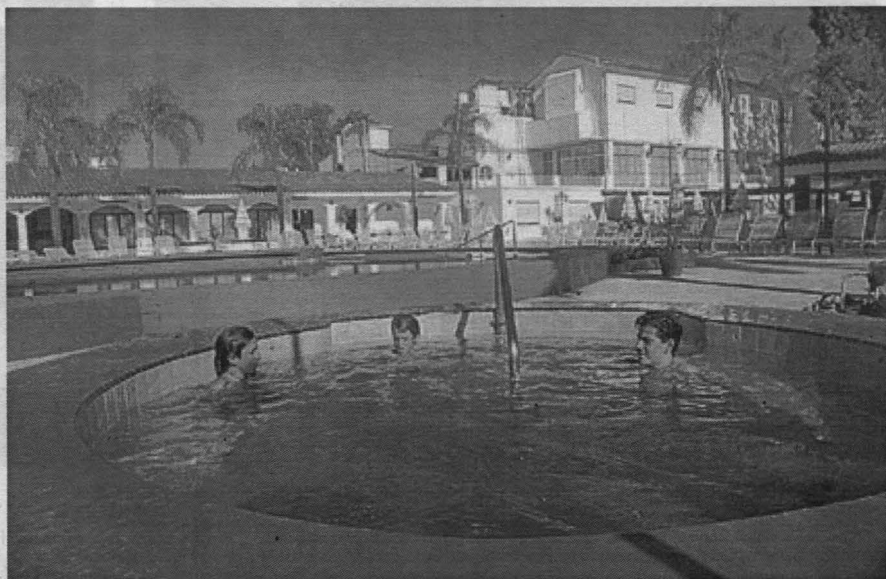
Fue así que la antigua Miraflores de los conquistadores españoles se convirtió en Villa Río Hondo, cuyos habitantes, un día de 1966, tuvieron que emigrar con su virgen hacia otras tierras, porque las suyas se cubrieron con las aguas del inmenso lago de 33.000 hectáreas que formó el embalse de la presa.

Levantaron sus casas, se llevaron las placas labradas del cementerio -algunas del 1.600-, y también las escaleras de la iglesia, el púlpito de quebracho que habían hecho los misioneros jesuitas con la ayuda de los aborígenes y las dos campanas de bronce hechas por un artesano.

El nuevo emplazamiento está a 17 kilómetros de la ciudad de Termas de Río Hondo, donde el Gobierno les dio un terreno y unas precarias casitas de fibrocemento, abiertas de un lado y del otro, que desalentaron a muchas familias. Familias que desertaron de la epopeya de construir un nuevo pueblo y se fueron.

El Museo de Baby

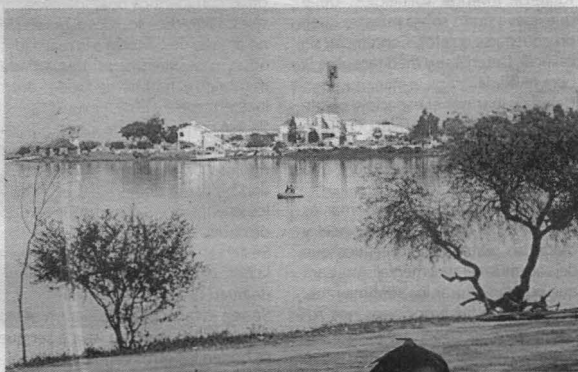
Aquellos recuerdos están muy frescos en la memoria de Baby Peralta, una neuquina de Centenario que se casó con don Casasola, oriundo de Villa de



Río Hondo, quién durante muchos años fue maestra de grado y Comisionada Municipal desde 1983 hasta 1993.

Una mujer que escribe poemas y que sueña con fundar un museo. «El traslado fue duro y hubo que afrontar muchos problemas. Como el de tener paralizada durante tres años la construcción de las casas por problemas con el contratista. Y también porque el gobierno quería que el nuevo emplazamiento se llamara Colonia de Villa Río Hondo y todos nos opusimos. Pero alguna vez dejaremos de ser villa y nos convertiremos en ciudad de Río Hondo», dice Baby. En su casa, como en casi todas las de la villa, aquel primer cobertizo sirve ahora como lugar de estar, y es posible que también lo conserven como símbolo del esfuerzo realizado para fundar un pueblo de la nada. Un pueblo que actualmente tiene unos 1.000 habitantes, dedicados a la cría de animales, a los trabajos de la puerta y al comercio chico. Para el museo que piensa levantar, Baby tiene ladrillos y tejas de las casas que desaparecieron bajo las aguas, algunos morteros y máquinas de coser, y muchas fotografías y objetos que los viejos vecinos le donaron y que fueron parte de la ciudad sumergida.

En estas tierras nuevas, extrañamente fértiles para ser santiagueñas, crecen algarrobos, quebrachos, mistoles y chañares.



Y muchos cítricos que se doblan por el peso de los frutos y también geranios y rosas. Y a un costado de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar están las campanas gemelas.

Las campanas que se hicieron fundiendo cobre y golpeando puños y cuyos badajos llamaron a lo bueno y a lo malo, a la alegría y a la tristeza, tanto mientras estaban los jesuitas como después.

Ellas acompañaron el éxodo del pueblo. Pero la cruz de la vieja iglesia del Pilar quedó en su lugar y hasta hace unos años solía emerger de las aguas, los días de bajante, marcando el sitio exacto en el que reposa el mítico pueblo.

